Una larga vigilia en el templo
Robert Silverberg



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El momento de oscuridad total estaba a punto de llegar. El celador Diriente salió al pórtico del templo, como había hecho todas las noches durante los últimos treinta años, para realizar la invocación de vísperas. Como siempre, iba ataviado con la casulla de celador, de color carmesí brillante, y la mitra alta de doble pico de su cargo, que le había parecido muy cómica cuando la había visto por primera vez sobre la cabeza de su padre, mucho tiempo atrás; pero que ahora, cuando pensaba en ello, consideraba como un simple tocado. Sostenía un incensario con la zurda y en la derecha llevaba una vasija ahusada de cuello angosto, brillante y suave al tacto: una excelente cerámica de color verde celedon que sólo los artesanos de la isla de Murrha eran capaces de fabricar.

La noche era clara y templada, una dulce noche de verano, con el sonido agudo y penetrante de las ranas en el aire y, de vez en cuando, los relámpagos de luz dorada procedentes de las luciérnagas. Mucho más abajo, en el valle donde se extendía la gigantesca ciudad imperial de Citherione, la miríada de luces de los alejados distritos residenciales comenzaban a encenderse; también parecían resplandores de luciérnagas, oscilando y parpadeando como espejismos muy lejanos. Había media hora de viaje en carro desde los distritos más próximos de la ciudad al templo. El celador no había ido allí en varios meses. Tiempo atrás iba con más frecuencia, pero ahora que era viejo la ciudad se había convertido en un lugar inhóspito para él, sucia, de extraños colores, inarmónica. El gran templo de piedra, compacto y sólido en su nicho excavado en la ladera, con la gran muralla de la montaña de tono ambarino oscuro detrás, alzándose casi verticalmente, era todo lo que necesitaba en aquellos días: la ronda diaria de plegaria, observancia y estudio, la compañía de buenos amigos, un poco de trabajo en el jardín, una buena botella de vino para acompañar la cena y tal vez algo de música suave a última hora de la noche. Una vida cómoda, agradable y recluida, que no fuera alterada por las angustiosas cuestiones de la filosofía ni los urgentes retos de la actividad profesional.

Su oficio ya había sido decidido antes de que naciera, pues el puesto de celador del templo era hereditario y había permanecido en su familia por doce generaciones. Al ser el hijo mayor, su elevación a la celaduría había sido una certeza durante toda su niñez, y Diriente se había preparado para el cargo desde el principio sin poner ninguna objeción. Naturalmente, en algún momento de aquel proceso habría perdido la fe que hasta entonces había tenido en los postulados del credo al que servía; aquello había sido un problema para él, pero lo habla resuelto hacía ya mucho tiempo.

El pórtico del templo era una amplia losa de mármol que cubría totalmente la fachada occidental del edificio, la orientada hacia la ciudad. Bajo el elevado borde del pórtico, como un abanico, se extendía un campo de césped en pendiente, espeso como terciopelo verde -un milenio de devotos jardineros lo habían cuidado con amor-, bordeado de ornamentales arbustos con flores. A lo largo del lado norte del jardín corría un riachuelo que manaba de algún lugar en lo alto de la montaña y fluía velozmente hacia el lejano valle. Había áreas de servicios a lo largo y detrás del templo -un vertedero, un pequeño cementerio y cabañas para el personal del templo-; más atrás había una zona agreste que formaba un área de transición entre el flanco abierto en pendiente de la montaña donde se había construido el templo y la alta muralla de roca que se alzaba detrás.

Se suponía que, cuando realizaban la invocación de vísperas, los celadores debían hallarse en un cierto estado de gracia, en esa receptividad al infinito que los novicios irreverentes describían como «conexión cósmica». Diriente dudaba de poder lograr realmente una relación total, e incluso dudaba que tal relación fuese posible; pero sí conseguía un cierto grado de concentración que le parecía aceptable. Su técnica para lograrlo era centrar su atención en la cara vieja y erosionada de la luna, si era una noche en que la luna era visible; y, si no, contemplaba la Estrella Polar. Luna o estrella, cualquiera servía; lo importante era elevar su espíritu hacia el reino donde residían los grandes poderes del Mundo Superior. Solía necesitar sólo unos momentos para prepararse para el rito. Al fin y al cabo, lo había practicado mucho.

Esta noche, mientras miraba hacia las estrellas -no había luna- y comenzaba a sentir los leves escalofríos que caracterizaban la conocida sensación del contacto que despertaba en él la zozobrante impresión de que trepaba por su propia columna vertebral y se deslizaba por su frente hacia el espacio, se sobresaltó por una interrupción inusual. Una figura fornida cruzó el jardín corriendo hacia el templo y se plantó justo debajo de él, al borde del pórtico.

-¡Diriente! -lo llamó-. Escucha, Diriente: tienes que venir a ver algo que he encontrado.

Era Mericalis, el custodio del templo. El celador, con la concentración alterada, sintió una oleada de desorientación y furia. Mericalis debería haber sido más sensato.

El celador señaló con enojo el incensario y la vasija.

-¡Oh! -exclamó Mericalis, pero no había arrepentimiento en su tono de voz-. Entonces ¿todavía no has terminado?

-No. De hecho, apenas he empezado. Y no deberías molestarme ahora.

-Sí, sí, ya lo sé. Pero es importante. Mira, lamento haberte interrumpido, pero tengo una buena razón. Acaba con tu ceremonia deprisa, ¿quieres, Diriente? Luego quiero que me acompañes. Enseguida.

Mericalis no dio más explicaciones, ni el celador exigió ninguna. Sólo habría sido otra molestia, y ya estaba bastante molesto.

Con apenas un éxito parcial, intentó recuperar algo de calma. -Acabaré en cuanto me dejes tranquilo -dijo con irritación.

-Muy bien. Te espero aquí abajo.

El celador asintió con gesto brusco, y Mericalis volvió a perderse entre las sombras que se extendían debajo del pórtico.

«Ya está. Bien. Empecemos desde el principio.» El celador tomó aliento profundamente, cerró los ojos unos instantes y aguardó a que los efectos de la interrupción empezaran a disiparse. Al cabo se redujo el ajetreo en su mente. Volvió entonces a concentrarse en su labor; levantó la mirada, encontró la Estrella Polar con la facilidad que otorga la práctica y clavó la mirada en ella. De aquella dirección, hacía diez mil años, los tres Visitantes habían venido a la Tierra para rescatar a la humanidad de un gran peligro; al menos, eso decían las Escrituras. Tal vez así había ocurrido en realidad. No había razones para pensar lo contrario y sí algunas que lo confirmaban.

Se concentró con todo su ser en el Mundo Superior, proyectando su alma hacia los terribles y tenebrosos abismos que separaban las galaxias. Para él, era un acto de la voluntad; con un esfuerzo consciente, se vio a sí mismo recorriendo las estrellas como una atenuada inteligencia inmaterial que se deslizase como una brillante aguja por el infinito negro y vacío.

El celador solía sentirse como si hubiera habido un tiempo en que aquel salto no requería ningún esfuerzo de la voluntad; que, en los días en que se iniciaba en aquel oficio sacerdotal, simplemente daba un paso adelante, levantaba la mirada y todo lo demás sucedía por sí mismo. La luz de la Estrella Polar penetraba en su alma y él partía fácilmente, sin esfuerzo, con rumbo directo a la estrella de los Tres. ¿Había sido realmente así? No lo recordaba. Había sido celador mucho tiempo. Había realizado la invocación vespertina unas diez mil veces por lo menos. Todo era ya fórmula y rito para él. Le resultaba difícil creer que su mente había sido capaz de ascender, en un salto de dicha, a las turbadoras tinieblas de la noche infinita, o que hubiese pensado seriamente que contemplar las estrellas y verter buen vino en un canal de piedra pudiese tener algún poder real e irrefutablemente redentor. Lo máximo que podía esperar en estos días era algún parpadeo, algún débil pinchazo del antiguo éxtasis mientras permanecía plantado bajo los cielos en toda su gloria. E incluso aquel parpadeo, aquel débil pinchazo, era sospechoso; probablemente una ilusión, un autoengaño caprichoso.

En cualquier caso, las estrellas eran hermosas. Se sentía agradecido por aquella bendición. Su fe en la existencia real de los Visitantes y su estancia en la Tierra podía haber desaparecido, pero no su conciencia de la inmensidad del universo, la pequeñez del hombre y la majestuosidad de la gran bóveda de la noche.

Sereno y en la postura correcta, con la cabeza echada atrás y el rostro vuelto hacia los cielos, comenzó a bambolear el incensario y lanzó una nube de humo acre al aire. Levantó la vasija de porcelana verde y la ofreció a los tres puntos cardinales: este, oeste y cenit. En aquellos momentos, dominado por los reflejos de su profesionalidad, se sentía plenamente inmerso en la ceremonia, con tanta profundidad como su escepticismo le permitía llegar. Durante el trance no permitía que ninguna duda se entrometiese. Regresarían muy pronto, en cuanto hubiera terminado.

En tono solemne, pronunció los Nombres Sagrados:

-Oberith... Aulimiath... Vonubius.

Se permitió creer que habla establecido contacto.

Invocó ante él la imagen de los Tres. Las figuras alienígenas, de rasgos angulosos, brillaban con una luz espectral. Les dijo, como había hecho muchas veces antes, cuán agradecidos estaban todos por lo que habían hecho por los habitantes de la Tierra tiempo atrás y cuánto deseaban que volviesen pronto de su estancia en los distantes cielos.

Por el momento, la mente del celador pareció libre de todo interrogante sobre la fe. ¿Habían existido realmente los Tres? ¿Habían venido a la Tierra en su hora de necesidad? ¿Habían vuelto a las estrellas en un carro de fuego tras terminar su labor, y después de jurar regresar algún día y reunir a todos los pueblos del mundo en su gran benevolencia? El celador no lo sabía. Cuando era joven, creía en la verdad literal de las Escrituras, como todos; luego, no sabía con seguridad cuándo, dejó de creer. Pero ello no representó ninguna diferencia apreciable en su vida diaria. Como celador del gran templo, tenía que realizar unas funciones determinadas; y era el siervo del pueblo. Aquello era todo lo que importaba.

El ritual era el mismo todas las noches. Según una creencia ampliamente extendida, no se había modificado en millares de años y se remontaba a la misma noche de la partida de los Visitantes; sin embargo, el celador dudaba de ello en privado, al igual que de tantas otras cosas. Las cosas cambian con el tiempo y los sistemas de creencias se distorsionan; de ello estaba seguro. Aun así, en público mantenía la ficción de que no había habido alteraciones en ningún aspecto de la liturgia, porque era consciente de que la gente prefería pensar que era realmente así. Las personas eran profundamente conservadoras de sus costumbres y él estaba para servir. Aquélla era la tradición familiar: eran los celadores, y ello significaba servir.

La invocación había alcanzado su clímax, el momento de la ofrenda. El celador recitó en voz baja la oración de la Segunda Venida, el objetivo de toda la ceremonia, que expresaba la esperanza de que los Tres no retrasarían mucho más su regreso al mundo. Las palabras salían de su boca de forma rápida, funcional, como si fuesen sílabas de un idioma muerto que carecía de significado para él. Luego repitió los Nombres con la misma solemnidad teatral de antes. Levantó en alto la vasija de porcelana, la invirtió y dejó que el dorado vino que contenía se vertiera en el canal de piedra que descendía por la ladera hacia el estanque del templo. Era la parte final, la coda del rito. En aquellos momentos, a su espalda, el intérprete del hidraulus, un hombre delgado y de rostro afilado que permanecía sentado pacientemente en la oscuridad junto a la corriente, hizo resonar en el instrumento los tres grandiosos y atronadores acordes con que concluía el culto.

En este momento, los creyentes que se hubieran quedado en el templo hasta una hora tan tardía se habrían hincado de rodillas y habrían gritado su alegría y esperanza mientras realizaban la señal de la Segunda Venida. Pero esta noche no había feligreses; sólo algunos miembros del personal del templo que, como el celador, estaban muy ocupados cerrando el edificio. Al romper el contacto, el celador quedó quieto, muy consciente de la soledad de su espíritu y de la futilidad de su profesión, mientras sentía la aplastante ola de su incredulidad cayendo de nuevo sobre él. El dolor solamente duró un instante, y luego volvió a ser él.

Una vez más surgió de las sombras el insistente Mericalis, con sus anchos hombros, y se plantó ante el celador como un espectro que hubiese invocado él mismo.

-¿Has terminado? ¿Listo para irnos?

-¿Por qué tienes tanta prisa? -inquirió el celador, mirándolo con irritación-. ¿Te importa si guardo primero los útiles sagrados?

-Adelante -dijo el custodio, encogiéndose de hombros-. Tómate todo el tiempo que necesites, Diriente.

Su voz tenía un tono extraño, pero el celador optó por no hacer caso. Volvió a entrar en el templo y dejó el incensario y la vasija de porcelana en su hornacina, en el mismo interior de la puerta. Bajó la tapa enrejada de hierro forjado, la cerró con llave y murmuró deprisa la oración que ponía fin a sus deberes cotidianos. Se quitó la mitra y colgó la casulla en la percha. Debajo llevaba una sencilla sobrepelliz de lino, sujeta a la cintura con una tira de cuero gastada por el uso.

Salió al exterior. Los miembros del personal del templo se alejaban en la noche, iluminándose con la luz de sus antorchas, en dirección a las cabañas del lado norte del templo. Sus risas resonaban en el plácido ambiente. El celador los envidiaba por su juventud, su alegría y su confianza en que el mundo era tal como creían que era.

Mericalis, que seguía esperándolo junto a un bayerno en flor debajo del grueso borde de mármol del templo, le hizo una seña.

-¿Adónde vamos? -preguntó el celador mientras ambos echaban a andar con paso presuroso por el césped.

Ya lo verás.

-Estás muy misterioso. -Sí, supongo que sí.

Mericalis lo condujo alrededor de la esquina noroccidental del templo hasta la parte posterior del edificio, donde nacía la pedregosa vereda llena de altibajos que ascendía por la ladera de la colina sobre la que se había construido el templo. Sostenía una antorcha automática pequeña, una simple vara de luz ambarina. En esta noche sin luna, la antorcha parecía más potente de lo que era en realidad.

Cuando dejaron atrás el vertedero de basuras, Mericalis dijo:

-Lamento de verdad haberte interrumpido cuando estabas a punto de realizar la invocación. En realidad, creía que ya habías terminado.

-Eso ya no importa.

-De todas maneras, me disgusta. Sé lo importante que ese rito es para ti.

-¿Ah, sí? -dijo el celador, sin entender el comentario del custodio. El celador no había hablado nunca de su falta de fe con nadie, ni siquiera con Mericalis, que a lo largo de los años se había convertidos posiblemente en su mejor amigo, más que ninguno de los sacerdotes del templo. Sin embargo, dudaba que fuese un secreto. La fe resplandece en el rostro de un hombre como la luna llena atraviesa las brumas de una noche invernal. El celador podía ver en otros aquel brillo especial. Sospechaba que los demás no alcanzaban a verlo en él.

El custodio era un hombre completamente laico. Su tarea consistía en mantener la integridad de la estructura del templo, el cual, al fin y al cabo, había prestado un servicio permanente durante diez mil años y ya estaba en una perpetua condición de precariedad, pese a lo voluminoso y macizo que era. Mericalis conocía todos los puntos débiles de los muros, las sutiles fallas de los contrafuertes, las baldosas sueltas del suelo y los defectos en el sistema de drenaje. Era también algo parecido a un arqueólogo y podía conversar con erudición acerca de las diversas fases de la compleja historia de aquel antiguo edificio, los detalles de las diferentes reconstrucciones y los límites estratigráficos que distinguían una configuración de otra y mostraban cómo se había construido y reconstruido a lo largo de los siglos. En cuanto a un sentimiento religioso, no parecía que Mericalis tuviese ninguno; él amaba el templo, no el credo para el que servía.

Ya habían dejado muy atrás el vertedero y avanzaban por el sendero estrecho y agreste que subía hacia la cumbre del monte. Al celador comenzó a faltarle el aliento a medida que el camino se volvía más escarpado.

Raras veces se había aventurado por aquella senda. Había unos altares antiguos en lo alto del monte, restos de un rito primitivo del fuego que había quedado obsoleto muchos siglos atrás, durante el Interregno Samathárida. Pero carecían de interés para él. Imaginó que Mericalis debía de subir allí con frecuencia, movido por sus estudios sobre la antigüedad. Tal vez había hecho algún descubrimiento asombroso entre las antiguas piedras calcinadas, algo

lo bastante extraño y enigmático para justificar que lo interrumpiese durante la invocación. ¿La escena de un sacrificio humano? ¿La tumba de un rey prehistórico? Aquel monte había sido tierra sagrada por mucho tiempo, y se decía que su carácter sacro se remontaba incluso a los días anteriores al derrumbamiento de la antigua civilización de las máquinas y las maravillas. ¿Qué rareza había encontrado Mericalis?

Pero su destino no parecía hallarse arriba, sobre el monte. En vez de continuar la ascensión, el custodio salió de improviso de la vereda cuando estaban todavía a una distancia relativamente corta del templo y empezó a abrirse camino vigorosamente entre espesos matojos. El celador lo siguió con el entrecejo fruncido. A aquellas alturas ya sabía que no valía la pena malgastar el aliento en preguntas. Siguió adelante con dificultad, dedicando todas sus energías a la tarea de mantener la verticalidad. En la negror de la noche, con la pequeña antorcha de Mericalis como única iluminación, se las veía y deseaba para no tropezar con ramas y enredaderas ocultas a la vista.

Tras unos veinte pasos de caminar por la espesura, llegaron a un lugar donde apareció de manera imprevista un segundo camino –un angosto sendero apenas desbrozado, en realidad-, que para sorpresa del celador bajaba hacia el templo describiendo una curva por la ladera; pero, en vez de llevarlos de regreso al lado norte, los condujo hacia el otro lado del edificio, a una zona que el celador había creído durante mucho tiempo que era inaccesible a causa de la espesura de la vegetación. Se encontraban detrás de la esquina sudoriental del templo, a un centenar de pasos aproximadamente del muro posterior del propio edificio. En todos sus años como celador, jamás había visto el templo desde este ángulo. Su gran masa oblonga se alzaba contra el cielo, negro sobre negro, como un área de intensa oscuridad sobre un fondo salpicado de estrellas.

Había un claro entre las matas. Un pozo vagamente circular se abría en su centro; tenía un diámetro más o menos tan grande como el brazo extendido de un hombre. Parecía recién excavado, por el aspecto reciente del montón de desechos que había detrás.

Mericalis fue a la abertura e introdujo el extremo de la antorcha en su interior. El celador se puso a su altura y miró hacia abajo. A pesar de la mala iluminación, pudo distinguir que el pozo era en realidad la entrada de un pasaje subterráneo que descendía en una pendiente pronunciada hacia el templo.

-¿Qué es todo esto? -preguntó.

-Una excavación no autorizada. Unos buscadores de tesoros han estado trabajando aquí.

-¿Quieres decir que intentaban abrir un túnel hasta el templo? -exclamó el celador, abriendo los ojos de asombro.

-Eso parece -contestó Mericalis-. Buscaban una entrada trasera a las criptas. -Se introdujo a medias en el pozo, se detuvo, miró atrás e hizo señas con impaciencia al celador-. ¡Vamos, Diriente! Tienes que ver lo que hay aquí.

El celador permaneció inmóvil.

-¿De verdad quieres que entre ahí? ¿Que nos arrastremos en la oscuridad por un túnel subterráneo?

-Sí, por descontado. Ya soy viejo, Mericalis.

-No tanto. Y es un pasadizo muy bien construido. Podrás conseguirlo.

El celador seguía reticente.

-¿Y si los hombres que lo excavaron regresan y nos descubren ahí dentro?

-No regresarán -dijo Mericalis-. Te lo prometo.

-¿Cómo puedes estar tan seguro?

-Confía en mí, Diriente.

-Preferiría ir en compañía también de un par de sacerdotes más jóvenes.

El custodio meneó negativamente la cabeza.

-En cuanto hayas visto lo que voy a enseñarte, me agradecerás que no haya nadie más aquí que tú y yo. Vamos, ¿vas a seguirme o no? El celador, nervioso, se introdujo en la abertura. La tierra, recién excavada, era blanda y húmeda bajo sus sandalias. El olor de la tierra penetraba por su nariz: fuerte, margoso, potente. Mericalis iba cinco o seis pasos

adelantado y avanzaba con rapidez sin mirar atrás. El celador comprobó que tenía que agacharse y arrastrarse para no golpearse la cabeza en el bajo techo del angosto túnel. No obstante, el túnel estaba bien construido, tal como había dicho el custodio. Descendía en una acentuada pendiente hasta llegar aproximadamente a una profundidad igual al doble de la altura de un hombre y luego se nivelaba. Las paredes estaban excavadas en ángulos rectos y reforzadas con tablones cada diez pasos. Toda aquella obra debía de haber necesitado meses de trabajosos esfuerzos. El celador tuvo una desagradable sensación de profanación. ¡Y pensar que los ladrones habían conseguido trabajar allí todo este tiempo sin ser descubiertos! ¿Habrían llegado a las criptas? El templo no era propiamente un edificio único, sino muchas construcciones de diversas épocas, cada una de ellas erigida sobre los cimientos de su predecesora. Se creía que una capa tras otra de cámaras inaccesibles, algunas con miles de años de antigüedad, ocupaban el área situada debajo del gran salón ceremonial del templo actual. El templo poseía grandes tesoros, gemas preciosas, lingotes de metales raros y obras de arte: regalos de monarcas olvidados, ocultos en aquellas criptas antiguas mucho tiempo atrás y apenas contemplados siquiera desde entonces. Se pensaba que también había tumbas en las profundidades del edificio: panteones de viejos reyes, sacerdotes y héroes. Pero nadie había intentado explorar las criptas más recónditas. Las escaleras que bajaban a éstas eran infranqueables, obstruidas por escombros, y ni siquiera Mericalis habría podido distinguir entre lo que había sido una escalera y una parte de los cimientos del edificio. Bajar a los niveles inferiores era imposible sin levantar los suelos actuales e introducir grandes vigas a través de los cimientos superiores, pero nadie se atrevería a intentarlo, pues una excavación de aquellas características habría debilitado toda la estructura y derruido el edificio. En cuanto a construir un túnel desde el exterior hasta los niveles más profundos... Bueno, nadie había propuesto nada así, al menos que el celador recordase, y dudaba que el Gran Sínodo del Templo permitiese la realización de un proyecto de aquel calibre aunque se presentara una proposición. No podía concebirse ningún beneficio espiritual de explorar los fundamentos de la sagrada edificación, ni tampoco mucho valor científico, teniendo en cuenta el número de reliquias de las anteriores civilizaciones de la Tierra que, todavía sin excavar después de tanto tiempo, estaban al alcance de la mano para mantener ocupados a los arqueólogos por mucho tiempo.

Pero si los excavadores eran ladrones en vez de arqueólogos... ¡No era de extrañar que Mericalis hubiese ido corriendo a verlo en plena invocación!

-¿Cómo lo encontraste? -preguntó el celador mientras seguían avanzando. El aire era húmedo y sofocante y tenían que moverse muy despacio.

-En realidad, fue uno de los sacerdotes, uno de los más jóvenes; no te voy a decir su nombre. Vino aquí hace unos días con una joven sacerdotisa para disfrutar de unos minutos de intimidad y prácticamente cayeron por la abertura. Exploraron el túnel hasta una distancia semejante a la que ya hemos recorrido, comprendieron que se trataba de algo altamente sospechoso y vinieron a contármelo.

-Pero tú no me lo dijiste.

-No. Entonces me pareció una tarea exclusiva del custodio. No era necesario involucrarte. Sí, alguien había estado haciendo una excavación detrás del templo, y sin duda durante bastante tiempo. Tal vez venían de noche y trabajaban con mucha, mucha paciencia, extrayendo la tierra y volcándola en el bosque, progresando cada vez más hacia el muro del edificio, con la intención de atravesarlo hasta llegar a una de las cámaras profundas y llevarse las enormes riquezas supuestamente guardadas en ellas. Mi plan era investigar el túnel, averiguar qué estaba pasando aquí y luego llamar a la policía para que se encargara del asunto. Entonces te habría informado, por supuesto.

-¿Quieres decir que todavía no has avisado a la policía?

-No -contestó Mericalis.

-¿Por qué no?

-Porque no creo que haya nadie a quien arrestar. Mira, Diriente. Tomó al celador del brazo y tiró de él hasta que estuvo a su altura. Pasó el brazo bajo el del celador e iluminó con la antorcha el trecho del pasadizo que había delante de ellos.

Al celador se le cortó la respiración.

En el suelo del túnel yacían dos hombres vestidos con ropas de trabajo, semienterrados bajo escombros que habían caldo del techo. El celador vio picos y palas que sobresalían del montón de tierra caída. Un tercer hombre -no, se trataba de una mujer- yacía un poco más lejos. Los cuerpos desprendían un repulsivo olor a podredumbre.

-¿Están muertos? -inquirió el celador en voz baja. -¿Es necesario preguntarlo?

-¿Crees que murieron por un derrumbamiento?

Tiene todo el aspecto, ¿verdad? Estos dos eran los excavadores. Sospecho que la chica vigilaba en la boca del túnel. Va armada, ¿la ves? Dos pistolas y una daga. Debieron de llamarla al ver algo inesperado y, en aquel preciso momento, el techo se desplomó sobre todos ellos.

-Mericalis pasó sobre el esbelto cuerpo de la mujer y se abrió paso entre los escombros-. Ven aquí y te mostraré lo que creo que sucedió.

-¿Y si vuelve a desplomarse el techo?

-No creo que eso ocurra -dijo Mericalis.

-Si se desplomó una vez, puede volver a hacerlo -sentenció el celador con un escalofrío, a pesar del sofocante calor que reinaba en el túnel-. Justo sobre nuestras cabezas. ¿No deberíamos salir de aquí ahora que todavía podemos?

El custodio no le prestó atención.

-Mira esto; ¿qué me dices? -le preguntó.

Movió la antorcha a un lado y la sostuvo en ángulo recto hacia el túnel. El celador intentó atisbar en la oscuridad. Vio lo que parecía un grueso dintel de piedra que había caído del techo y yacía en posición invertida. En él había unas inscripciones de aspecto arcaico, una especie de runas. Más allá distinguió una abertura, un óvalo de oscuridad dentro de la oscuridad, que al parecer era la boca de un segundo túnel que cruzaba el pasadizo donde estaban. Mericalis se inclinó sobre el dintel e iluminó la zona que habla detrás. Un túnel, sí. Pero de una construcción muy distinta de la del que habían estado recorriendo. Las paredes estaban hechas de estrechos bloques de piedra, puestos uno junto a otro cuidadosamente; el techo del túnel era una prolongada bóveda de piedra sostenida por arcos de punta. Era un trabajo de una gran perfección, aunque las junturas tenían un aspecto arcaico.

-¿Qué antigüedad tiene esto? -inquirió el celador.

-Es antiguo. ¿Reconoces las runas del dintel? Son de la era primitiva. Con toda probabilidad, este túnel es tan antiguo como el propio templo. Parte del complejo sagrado original. Los ladrones no podían saber qué era. Mientras excavaban en dirección al templo, lo cruzaron por accidente. Llamaron a la chica para que viniese a verlo... o tal vez querían que los ayudase a mover el dintel. Lo hicieron, pero el punto débil donde los dos túneles se cruzaron cedió y el techo de su propio túnel cayó sobre ellos. Por lo cual tengo que admitir que no siento ninguna pena especial.

-¿Tienes idea de adónde va a parar este otro túnel?

-Al templo -contestó Mericalis-. O debajo de él, a los cimientos más antiguos. Conduce a las criptas más profundas.

-¿Estás seguro?

Ya he estado allí. Sígueme.

Ya no tenía sentido retroceder. El celador, siguiendo de cerca a Mericalis, contemplaba con estupor el delicado y artesanal trabajo de construcción del túnel. Una y otra vez veía inscripciones rúnicas, ilegibles, misteriosas, grabadas en el suelo de piedra. Cuando hubieron recorrido unos veinte pasos apareció otro pasadizo abovedado que se bifurcaba a la izquierda. El custodio pasó de largo sin mirarlo siquiera.

-Aquí hay todo tipo de túneles -dijo Mericalis-. Pero éste es el que quiero seguir. Por lo que he podido determinar hasta ahora, es el único que entra en el templo.

El celador vio que Mericalis había dejado una marca en lo alto de la pared del pasaje que recorrían. La marca relucía a la luz de la antorcha. Supuso que había otras señales como aquélla más adelante que les servían como guías.

-Estamos en un hipogeo procesional -explicó Mericalis-. Probablemente estaba justo al nivel del suelo hace diez mil años, pero con el paso de los siglos quedó sepultado bajo los escombros de los templos posteriores y otros tipos de desechos. Había todo un laberinto de pasajes procesionales con paredes de piedra a su alrededor que conducían a aras de sacrificios y altares al aire libre. El túnel que hemos dejado atrás era uno de ellos. Está obstruido un poco más adelante. Me pasé dos días siguiendo un paso sin salida tras otro. Hasta que seguí éste y.. ¡Mira, Diriente!

Mericalis agitó la antorcha con gesto grandilocuente. Gracias al débil resplandor que brotaba de su extremo, el celador vio que el túnel se ensanchaba hasta formar un gran muro abombado de piedra soberbiamente decorada, con una pequeña abertura oscura en la parte inferior del lado izquierdo. Habían llegado al lado posterior del templo. El celador se estremeció. Se sentía aplastado bajo el grosor del techo, el tremendo peso que se cernía sobre él, el propio templo alzándose con todos sus intrincados niveles sobre su cabeza. Se hallaba en los cimientos de todos los cimientos. En un tiempo, todo aquello había estado a cielo abierto; diez mil años atrás, cuando los Visitantes todavía caminaban sobre la Tierra.

-¿Has estado dentro? -preguntó el celador con voz ronca.

-Naturalmente -respondió Mericalis-. Tienes que arrastrarte durante la primera parte del camino. Procura no respirar hondo: hay mucho polvo.

El aire era caliente, rancio y seco; aire antiguo, aire sin vida. El celador tosió y se atragantó. Seguía a Mericalis a gatas, con la cabeza agachada. Varias veces, dominado por un espasmo de vértigo desconocido, cerró los ojos y aguardó hasta que pasó.

Ya puedes incorporarte -le dijo el custodio.

Se encontraban en una gran cámara cúbica de piedra, de muros bastos y carentes de ornamentos. La habitación estaba vacía, a excepción de tres tumbas alargadas y estrechas de mármol blanco sin pulir, colocadas en fila al otro extremo.

-Serénate, viejo amigo -indicó Mericalis-. Y luego ven a ver a quiénes tenemos aquí.

Cruzaron la sala. Las tumbas estaban cubiertas con una capa gruesa de un material amarillento transparente muy parecido al vidrio, pero que de hecho era de otra sustancia que el celador no logró identificar.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Diriente al mirar a través de los recubrimientos.

En cada tumba había un esqueleto tumbado cara arriba: los huesos brillantes y descarnados de una criatura extraña, de miembros largos, de tamaño y figura similares a un hombre, pero diferentes en todos los detalles. Lucían crestas óseas curvadas en el cráneo; los cráneos también eran crestados, y tenían protuberancias en los tobillos como espolones. Las costillas, la pelvis, los dedos de manos y pies: todo extraño, todo desconocido. Eran los cuerpos de seres de otro mundo.

-Supongo que el más alto que está en el centro es Vonubius -dijo Mericalis-. Probablemente Aulimiath es el de la derecha y el tercero tiene que ser Oberith.

El celador le lanzó una enérgica mirada.

-¿Qué estás diciendo? -exclamó.

-Obviamente, es un sepulcro. Esto que vemos son sarcófagos. Contienen tres esqueletos de alienígenas, conservados de manera muy cuidadosa, y sepultados en una cámara amplia y evidentemente magnífica en el nivel más hondo, y por tanto más antiguo, del Templo de los Visitantes, en una sala a la que en tiempos pasados se llegaba a través de un amplio pasaje procesional. ¿Quiénes crees que son, si no?

-Los Visitantes ascendieron a los cielos tras terminar su labor en la Tierra -declaró el celador sin convicción-. Ascendieron en una nave de fuego y regresaron a su estrella.

-¿Crees en eso? -le preguntó Mericalis, riendo.

-Así rezan las Escrituras.

Ya lo sé, pero ¿lo crees?

-¿Qué importa lo que yo crea? -replicó el celador, contemplando de nuevo los tres alargados esqueletos alienígenas-. Nadie cuestiona los datos históricos. El mundo estaba en crisis, se estaba desmoronando. Había guerras por todas partes. Entonces, tres embajadores de otro sistema solar llegaron y vieron lo que sucedía, y utilizaron sus capacidades superiores para poner orden. La misma historia se repite aproximadamente de la misma manera en los mitos y relatos populares de todas las sociedades de la Tierra. Tiene que haber algo de verdad en ella.

-No dudo de que la hay -dijo Mericalis-. Y aquí están los tres sabios de tierras lejanas. Pero, al parecer, las Escrituras han deformado un poco la historia. En vez de regresar a su estrella de origen, prometiendo volver y redimirnos cuando llegase una nueva época de agitación, murieron cuando todavía estaban en la Tierra y fueron sepultados bajo el templo del culto que nació alrededor de ellos. Así pues, tengo la impresión de que no habrá una Segunda Venida. Y, si la hay, no será amistosa. Observarás que no murieron de muerte natural. Si los examinas con atención, verás que las tres cabezas fueron separadas violentamente de sus cuerpos.

-¿Qué?

-Observa -señaló Mericalis.

-Es verdad, hay una fractura en las vértebras. Pero pudo haberse producido por...

-Es el mismo tipo de fractura en los tres cadáveres. He visto otros esqueletos de hombres ejecutados, Diriente. Hemos desenterrado docenas de ellos en los campos de ejecuciones de la colina. Estos tres hombres fueron decapitados, créeme.

-No.

-Fueron mártires. Fueron ejecutados por sus admiradores y devotos adoradores, los ciudadanos de la Tierra.

-No. No. No. ¡No!

-¿Por qué estás tan estupefacto, Diriente? ¿Te impresiona que haya podido ocurrir algo tan espantoso en nuestro adorable planeta verde? ¿Has estado agazapado en tu nido de la colina durante tanto tiempo, que has olvidado todo lo que sabías sobre la naturaleza humana? ¿O es que la desgraciada evidencia de que el relato de las Escrituras es falso te ha trastornado? Tú no crees en la Segunda Venida, ¿verdad? -¿Cómo lo sabes? -Por favor, Diriente... El celador guardó silencio. Su mente era un caos. -Pudieron ser otros alienígenas -dijo al cabo de un rato.

-Sí, supongo que sí. Pero sólo conocemos tres seres del espacio que hayan venido a este planeta: los que llamamos los Visitantes. Éste es el templo de la fe que surgió a su alrededor. Alguien se tomó la enorme molestia de sepultar a estos tres bajo el templo. Me cuesta trabajo creer que estos tres sean otros extraterrestres.

-¿Cómo sabes que los esqueletos son auténticos? -insistió el celador con tozudez-. Podrían ser una especie de ídolos.

-¿ídolos en forma de esqueletos? ¿Esqueletos decapitados, por cierto? -Mericalis se echó a reír-. Supongo que podríamos someterlos a pruebas químicas para ver si son auténticos, si lo prefieres. Pero a mí me parecen muy reales.

-Los Visitantes eran como dioses. Eran dioses, comparados con nosotros. Desde luego, cuando estuvieron aquí fueron considerados divinos... o, como mínimo, como los ministros y embajadores de la Divinidad. ¿Por qué habrían de matarlos? ¿Quién habría osado ponerles la mano encima?

-¿Cómo podemos saberlo? Tal vez no parecían tan divinos en los días en que caminaron entre nosotros -sugirió Mericalis.

-Pero las Escrituras dicen...

-Las Escrituras, sí. Pero escritas... ¿cuánto tiempo después de los hechos? Quizá los Visitantes no fueron reconocidos inicialmente como seres santos. Podrían haber parecido simplemente amenazadores, o incluso peligrosos, o tiránicos: una amenaza al libre albedrío, al derecho innato del hombre a buscarse sus propios problemas. Recuerda que era una época de anarquía. Tal vez algunos no querían que se restaurase el orden. No lo sé y, aunque

realmente hubiesen sido considerados divinos, Diriente, recuerda que hay una antigua tradición en este planeta de matar a los propios dioses. Se remonta a mucho tiempo atrás. Estudia los cultos prehistóricos. Si profundizas lo suficiente, descubrirás un dios asesinado en alguna parte, en el fondo de casi todos ellos.

El celador volvió a guardar silencio. Era incapaz de apartar la mirada de aquellas calaveras con crestas óseas y aquellas cuencas vacías de extraños ángulos.

-Pues bien, en cualquier caso, aquí los tienes -continuó Mericalis-. Tres esqueletos de seres que parecen proceder de otro planeta y que alguien fue a sepultar precisamente aquí, bajo tu templo, hace muchos años. Pensé que debías saber esto.

-Sí. Gracias.

-Ahora tienes que decidir lo que harás al respecto.

-Sí -repitió el celador-. Ya lo sé.

-Supongo que siempre podemos volver a tapiar el pasadizo y no decir nada de todo esto a nadie. Ello evitaría todo tipo de complicaciones desagradables, ¿no? Me parece un verdadero crimen contra el conocimiento hacer algo así, pero si crees que hay que hacerlo...

-¿Quién sabe esto hasta ahora? Tú y yo. Nadie más.

-¿Y el sacerdote y la sacerdotisa que encontraron el pozo? Vinieron enseguida a contármelo. No se adentraron muy lejos; no más de cinco o seis pasos. ¿Por qué habrían ido más allá?

Tal vez lo hicieron -sugirió el celador.

-No. No tenían ninguna antorcha y estaban pensando en otras cosas. Todo lo que hicieron fue investigar un poco, lo suficiente para ver que allí pasaba algo raro. Ni siquiera llegaron a encontrar a los ladrones. No me contaron nada sobre unos cadáveres en el túnel. Estoy seguro de que me lo habrían dicho si los hubiesen visto. Y habrían parecido mucho más asustados también.

-¿Los ladrones tampoco llegaron aquí?

-No me lo parece. No creo que llegasen más lejos del lugar donde extrajeron el dintel del pasaje. En cualquier caso, están muertos.

-Pero ¿y si llegaron hasta aquí? ¿Y si había alguno más con ellos, uno que logró escapar cuando se desmoronó el túnel? ¿Uno que podría andar libre ahora, contando a todos sus amigos lo que vio en esta sala?

Mericalis meneó la cabeza negativamente.

-No hay motivos para pensarlo. Y pude comprobar, cuando recorrí este pasaje y entré en la cámara sepulcral por vez primera, que nadie más había estado aquí en más años de lo que podemos imaginar. Habría habido huellas en el polvo, pero no había ninguna. Este lugar ha permanecido ignorado durante mucho tiempo. El suficiente como para que toda la historia de la muerte de los Visitantes se olvidara y se cubriese con un bonito mito sobre su ascensión a los cielos en un pilar de fuego.

El celador reflexionó por unos instantes.

-Muy bien -dijo por fin-. Regresa al exterior, Mericalis.

-¿Y dejarte solo aquí?

-Déjame solo, sí.

-¿Qué te ronda por la cabeza, Diriente? -inquirió Mericalis, preocupado.

-Quiero estar sentado aquí a solas, pensar y rezar. Eso es todo.

-¿Tengo que creerte?

-Sí, créeme.

-Si vagabundeas por aquí acabarás atrapado en algún pasadizo desconocido y lo más probable es que jamás podamos encontrarte. -No voy a vagabundear. Ya te he dicho lo que voy a hacer. Voy a quedarme aquí sentado, en esta misma sala. Me has traído hasta los cadáveres de los dioses asesinados de la religión a la que se espera que yo sirva. Necesito pensar qué es lo que significa todo esto. Eso es todo. Vete, Mericalis. Es algo que debo hacer solo. Tú sólo me distraerías. Ven a buscarme al alba y te prometo que me hallarás sentado exactamente donde estoy ahora.

-Sólo hay una antorcha. La necesitaré, si quiero encontrar la salida del túnel. Y eso quiere decir que tendré que dejarte a oscuras.

-Me doy cuenta de ello, Mericalis.

-Pero...

-¡Vete! -exclamó el celador-. No te preocupes por mí. Puedo soportar unas horas de oscuridad. Ya no soy un niño. Vete, por favor, ¿quieres? Ahora.

No podía negar que estaba aterrado. Era un hombre de edad avanzada y sedentario por temperamento; iba totalmente en contra de su naturaleza pasar una noche en un lugar como éste, muy por debajo del nivel del suelo, donde el aire parecía seco y polvoriento, húmedo y pegajoso, todo al mismo tiempo, y donde el punzante olor de lo enormemente antiguo le asaeteaba dolorosamente las fosas nasales. ¡Qué diferente era aquel lugar de su confortable habitación, donde estaba rodeado por sus libros, su jarra de vino y sus conocidos muebles! En la total oscuridad, era libre de imaginar la presencia de toda clase de criaturas repugnantes que, surgiendo de las profundidades, se arrastraban a su alrededor: sapos blancos sin ojos, lagartos escurridizos y sin carnes, arañas lentas y contemplativas que descendían sigilosamente por gruesas telas de seda desde orificios invisibles del techo de piedra. Se hallaba de pie en el centro de la sala y tuvo la sensación de ver una serpiente gruesa, pálida y reluciente, con ojos azules y ciegos, brillantes como zafiros, que asomaba de un pozo del suelo y se alzaba ante él, silbando y oscilando como si estuviese a punto de atacarlo. Pero el celador sabia que era sólo una ilusión de la oscuridad. No había ningún pozo, ni ninguna serpiente.

Empezó a sudar mucho. Su ligera ropa quedó empapada y se le pegó al cuerpo como un sudario. Con cada inspiración, creía que introducía puñados de telarañas en sus pulmones. La negror era tan intensa que le martilleaba los ojos, fijos y rígidos, hasta que se vio obligado a cerrarlos. Oyó ruidos inexplicables en las paredes, un zurrido, un tictac constante y pausado, y un goteo como de arena cayendo por ocultos canales internos. Notó vibraciones y temblores amenazadores y extrañas resonancias que lo llevaron a temer que el propio templo, irritado por aquella intrusión en sus entrañas, se preparase para desplomarse sobre él. Aquellos ruidos no era más que las pisadas de Mericalis, se dijo el celador. Mericalis que volvía sobre sus pasos por el túnel hacia la salida.

Al cabo de un rato, se incorporó y avanzó a tientas por la habitación hacia los sepulcros de la esquina, agarrándose a las rugosas piedras de la pared para guiarse. De algún modo perdió la orientación, porque la esquina estaba vacía cuando llegó a ella. Continuó adelante, y sus dedos exploradores encontraron lo que seguramente era la abertura que conducía al túnel. Se quedó quieto por unos instantes en las tinieblas y trató de recordar el diseño de la cámara funeraria, convencido de que las tumbas se hallaban en la esquina donde había ido, aunque sin comprender por qué no las había encontrado. Siguió adelante por la pared, más allá de la abertura, hasta el otro lado. A la otra esquina. Ningún sepulcro. Giró a la derecha, todavía aferrado a la pared, y avanzó paso a paso, imaginando grandes pozos que se abrían bajo sus pies, hasta que su rodilla chocó contra algo. Habla encontrado las tumbas, sí.

Se arrodilló. Agarró el borde de la más cercana, se inclinó hacia adelante y la miró.

Con sorpresa comprobó que podía distinguir los duros y angulosos rasgos del esqueleto que contenía. ¿Cómo era posible? Tal vez sus ojos estaban acostumbrándose a la oscuridad. No, no era aquello. Un halo de luz parecía rodear el sepulcro. Un tenue brillo rojizo había comenzado a alzarse de él y, con la ayuda de aquella inesperada iluminación, pudo ver la silueta de la alargada figura de su interior.

¿Una ilusión? Probablemente. Incluso una alucinación. Era el momento más extraño de su vida y podía esperar cualquier cosa, cualquiera. «Aquí hay magia», fue un pensamiento que lo sorprendió; entonces se quedó atónito y maravillado de haber caído con tanta facilidad en el abismo de lo irracional. Era un hombre prosaico. No creía en la magia. Y sin embargo..., sin embargo...

El brillo aumentó. El esqueleto relucía en la oscuridad. Con una claridad fantasmal, vio las crestas y espinas alienígenas, las retorcidas vértebras, y de todo ello emanaba un extraño

fuego carmesí que revelaba claramente su aspecto. Las cuencas vacías de los ojos parecían contener una inteligencia viva de fuego.

-¿Quiénes sois? -preguntó el celador, en tono casi violento-. ¿De dónde vinisteis? ¿Por qué metisteis las narices en nuestros asuntos? ¿Teníais narices? -Se sintió mareado. El aire sofocante, tal vez. No tenía bastante oxígeno. Se echó a reír, demasiado fuerte, demasiado tiempo-. Oberith, ¿eres tú? ¿Aulimiath? Y ese del centro es Vonubius, ¿no? El más alto, el líder de la misión.

Su cuerpo se estremeció por una repentina sensación de angustia. Oleadas de miedo y asombro lo inundaron. Su propia broma vulgar lo había aterrorizado. Comenzó a sollozar.

La idea de que podía estar en presencia de los verdaderos restos de los Tres lo llenó de confusión y desaliento. Con el tiempo, había llegado a pensar que el relato de la Venida no era más que un mito -dioses que vienen de las estrellas-, pero ahora estaba estupefacto ante la evidencia de que habían existido de verdad, que habían sido criaturas tangibles que caminaban, comían, respiraban y orinaban... y que habían podido morir, asesinadas. Tiempo atrás, había llegado al convencimiento de que no creía en todo aquello. Este descubrimiento le exigía replanteárselo todo. ¿Trivializaba la religión a la que servía, reduciéndola a simple historia? No..., no, pensó; la existencia de estos huesos elevaba la historia a la categoría de milagro, de mito. Realmente habían venido. Y habían servido, y habían partido; no a las estrellas, sino al reino de los muertos. Del que regresarían a su debido tiempo, y su resurrección traería la redención que habían prometido y el perdón por el crimen que se había cometido contra ellos.

¿Era eso? ¿Era la manera de interpretar lo que contenía aquella sala? No lo sabía. Comprendió que no sabía nada en absoluto.

El celador se estremeció y tembló. Se abrazó los costados y se quedó quieto.

Luchó por recuperar parte del control sobre sí mismo

-No -se dijo con severidad-. No puede ser. No sois ellos. No creo que ésos sean vuestros nombres.

De las tumbas no salió ninguna respuesta.

-Podríais ser tres extraterrestres cualesquiera -les dijo con fiereza-. Os topasteis con la Tierra, os dejasteis caer por aquí una tarde para ver qué había... y vivisteis para lamentarlo. ¿Tengo razón?

Continuó el silencio. El celador, acurrucado contra uno de los sepulcros y con la mejilla apoyada en la fría y seca piedra, se estremeció y tembló una vez más.

-Habladme -les rogó-. ¿Qué tengo que hacer para que me habléis? ¿Queréis que rece? Muy bien, pues, rezaré, si eso es lo que deseáis. Con la voz especial que utilizaba para la invocación de vísperas, entonó los tres Nombres Sagrados:

-Oberith... Aulimiath... Vonubius. No hubo respuesta.

-No sabéis vuestros propios nombres, ¿eh? -dijo amargamente-. ¿O sois demasiado testarudos para contestar?

Miró las tinieblas con gesto malhumorado.

-¿Por qué estáis aquí? -preguntó, furioso-. ¿Por qué tuvo Mericalis que descubriros? ¡Oh, maldito!, ¿por qué tuvo que hablarme de vosotros?

De nuevo no hubo réplica; pero esta vez notó que empezaba a suceder algo extraño. Unas columnas serpenteantes de luz se alzaban de los tres sepulcros. Parpadeaban y danzaban como lenguas de frío fuego ante sus ojos y le ordenaban que guardara silencio y prestara atención. El celador se presionó la frente con las manos, inclinó la cabeza y dejó que todos los pensamientos saliesen de su mente, de manera que no quedó de él más que un caparazón vacío acurrucado en la oscuridad de la sala. Y, mientras permanecía arrodillado, todo comenzó a cambiar a su alrededor: las paredes de la cámara se disolvieron y cayeron, y se vio transportado hacia arriba y afuera, hasta que quedó de pie al aire libre, en un ambiente agradable y despejado, bajo el dorado calor del sol.

El día era brillante, cálido, como de primavera; un día espléndido, un día para disfrutarlo. Pero había horribles disonancias. El celador oyó gritos a derecha y a izquierda: voces ásperas por todas partes, exclamaciones de ira.

-¡Allí están! ¡Cogedlos! ¡Cogedlos!

Aparecieron tres figuras delgadas y grotescas, que en altura superaban en medio cuerpo a un hombre normal, con ojos grandes, largas extremidades y complexión extraña. Se movían con rapidez, pero con una sombría dignidad, como si flotasen en vez de andar. Mantenían una ligera ventaja sobre sus perseguidores. El celador comprendió que eran los Tres en sus momentos finales, que habían sido acosados y perseguidos durante todo aquel día maravilloso por los dulces prados de aquel valle verde y exuberante. Ya no tenían adónde ir; estaban atrapados en un área sin salida, rodeados por la ladera del monte, mientras el ejército de sus enemigos se acercaba y hacía imposible cualquier esperanza de escapar.

El celador oyó salvajes gritos de triunfo. Y vio rostros iracundos, hinchados y enrojecidos. Las armas cortaban el aire: garrotes, porras, horcas, hachas. Ojos desorbitados, labios distendidos, puños apretados que se agitaban con furia. Y en una elevación del terreno, haciendo frente a sus atacantes, están los Tres, muy juntos, sin ofrecer resistencia, aparentemente en paz. Parecen perplejos por lo que ocurre, tal vez, o tal vez no. ¿Quién puede decirlo? ¿Qué quieren decir sus expresiones? Pero, casi con seguridad, no están enojados. La ira no es una emoción que puedan albergar de ningún modo. Su aspecto parece indicar que esperaban esto. Perdónalos, porque no saben lo que hacen. Un momento de vacilación: la muchedumbre, súbitamente inquieta en el último instante, atemorizada, incluso insegura de los riesgos que implica lo que van a hacer. Luego superan la duda y se abalanzan sobre ellos como una sola criatura enloquecida, y los aceros relampaguean bajo el sol...

La visión terminó bruscamente. El celador volvía a estar en la cámara de piedra. La luz se había desvanecido. El aire era seco y viciado, no dulce y suave. El panteón estaba a oscuras y no había nadie más.

El celador se sentía turbado por lo que había visto, y avergonzado. Una sensación de culpa casi suicida lo abrumó. Echó a correr a ciegas de un lado a otro de la sala, frenético, desquiciado, arrojándose contra las paredes invisibles. Luego, exhausto, se detuvo unos momentos a tomar aliento y contempló en la oscuridad el lugar donde creía que se encontraban las tumbas. Se dijo a si mismo que rompería las cubiertas transparentes, tomaría las tres extrañas calaveras y las sacaría a la luz del día; entonces llamaría a la gente y les mostrarla lo que había encontrado en las profundidades de la tierra; blandiría los cráneos ante sus ojos y les gritaría: «¡Aquí están vuestros dioses! Eso es lo que les hicisteis. Todas vuestras creencias están basadas en una mentira». Y luego se arrojaría desde lo alto de la montaña.

No.

No lo haría. ¿Cómo podía arruinar las esperanzas de la gente de aquella manera? Y, tras haberlo hecho, ¿qué beneficio reportaría su muerte?

Y sin embargo... dejar que la mentira perdurase...

-¿Qué voy a hacer con vosotros? -preguntó el celador a los esqueletos en sus sepulcros-. ¿Qué voy a decir a la gente? -Su voz subió de tono hasta convertirse en un chillido desenfrenado que retumbó en los muros de piedra de la sala y resonó en su palpitante cabeza-. ¡La gente! ¡La gente! ¡La gente!

»¡Habladme! -vociferó-. ¡Decidme lo que tengo que hacer! Silencio. Silencio. Silencio. No iban a darle ninguna respuesta. Se rió de su propia impotencia. Lloró un rato, hasta que se le secaron los ojos y le dolió la garganta de tanto sollozar. Cayó de rodillas una vez más junto a uno de los sepulcros.

-¿Quiénes sois? -preguntó, apenas en un susurro-. ¿Realmente eres Vonubius?

Y esta vez imaginó que oía una respuesta burlona: Yo soy quien soy. Ve en paz, hijo mío.

¿Paz? ¿Dónde? ¿Cómo?

Por fin, mucho después, comenzó a calmarse otra vez y pensó que esta vez podría permanecer así. Comprendió que estaba haciendo cosas ridículas: el viejo celador, corriendo de un lado a otro de una cámara subterránea, aullando como un lunático, rezando a dioses en los que no creía y conversando con esqueletos. Gradualmente, su atribulada alma se alejó de las turbulencias de la desesperación en que había caído, del frenesí maníaco y de la ira infantil. No había ningún brillo rojizo, no. Su mente desquiciada había invocado unas fantasías atormentadas. La oscuridad todavía prevalecía en la cámara. Era incapaz de ver nada. Sabía que ante él había tres antiguos sarcófagos de piedra que contenían huesos viejos y secos, los restos mortales de criaturas extraterrestres muertas mucho tiempo atrás.

Estaba calmado, sí. Pero incluso entonces no encontraba la forma de esconderse de su propia angustia. Sabia que aquellos restos ponían en tela de juicio toda su vida. La horrible verdad de todo aquello seguía revelándose sin una posible respuesta. Había servido a un credo falso, había ofrecido conscientemente a la gente la vacía esperanza de que serían redimidos por unos dioses benévolos. Noche tras noche se había plantado en el pórtico para invocar a los Tres y rezar por su pronto retorno a este planeta torturado. Cuando, en realidad, no se habían ido nunca de la Tierra. Habían muerto a manos del mismo pueblo al que, según suponía, hablan venido a redimir.

«¿Y ahora qué?», se preguntó el celador. ¿Revelar la verdad? ¿Mostrar los cuerpos de los Tres a los atónitos y desengañados fieles, tal como había imaginado poco antes? ¿Haría algo así? ¿Podía hacerlo? «Vuestras creencias estaban basadas en una mentira», se imaginó que les decía. ¿Cómo podía hacer algo así? Pero era la verdad. «No es raro que perdiera mi propia fe hace tanto tiempo», pensó. Había sabido la verdad antes de darse cuenta de que la sabía. Era a la verdad a la que había jurado servir, ante todo y sobre todo, ¿no? Pero había muchas cosas que no entendía... o, quizá, que no podía entender.

Miró en dirección a los esqueletos, y un ejército de nuevas preguntas se formó en su mente.

-¿Por qué vinisteis? -preguntó, ya sin enojo, sino con una curiosa serenidad de espíritu-. ¿Por qué elegisteis servirnos de ese modo? ¿Por qué permitisteis que os destruyéramos, pues seguramente teníais el poder para evitarlo?

Tremendas cuestiones sin respuestas. No obstante, ¿quién sabía los milagros que podían originarse por preguntarlas? Sí, si: ¡milagros! Las fes verdaderas pueden surgir de las ruinas de las falsas, ¿no?

Estaba muy cansado. Había sido una noche larga.

Poco a poco se deslizó hasta el suelo, hasta que quedó totalmente tumbado, con la cara apoyada en los brazos. Tuvo la impresión de que la suave luz de la mañana entraba en la cámara y la larga vigilia terminaba, por fin. ¿Cómo era posible que la luz llegase a tal profundidad? Optó por no insistir en la cuestión. Se quedó quieto, esperando. Luego oyó pasos. Mericalis volvía. Realmente, la noche ya había pasado.

-¿Diriente? Diriente, ¿estás bien?

-Ayúdame a levantarme -dijo el celador-. No estoy acostumbrado a pasar la noche sobre suelos de piedra.

El custodio iluminó la sala con la antorcha, como si esperase que hubiera cambiado de alguna forma desde la última vez que la había visto.

-¿Y bien? -dijo finalmente.

-Salgamos de aquí, ¿eh?

-¿Te encuentras bien?

-Sí, sí, estoy bien.

-Estaba muy preocupado. Sé que dijiste que querías estar solo, pero no podía evitar pensar...

-Pensar puede ser muy peligroso -lo interrumpió el celador fríamente-. No te lo recomiendo.

-Diriente, quiero decirte que he decidido que lo que te sugerí ayer noche es la mejor idea. Esta sala podría hacer pedazos a la Iglesia. Deberíamos sellar el lugar y olvidar que hemos estado aquí.

-No -replicó el celador.

-No es preciso que revelemos a nadie lo que hemos hallado. Mi trabajo consiste simplemente en impedir que el edificio se caiga. El tuyo es realizar los rituales de la fe.

-¿Y si la fe es falsa, Mericalis? -No sabemos si lo es.

-Pero tenemos nuestras sospechas, ¿no?

-Decir que los Tres no regresaron vivos a las estrellas es herejía, ¿verdad, Diriente? ¿Quieres ser el responsable de divulgar una herejía?

-Mi responsabilidad es promover la verdad -dijo el celador-. Siempre lo ha sido.

-¡Pobre Diriente! ¿Qué te he hecho?

-No malgastes tu piedad conmigo, Mericalis. No la necesito. Sólo ayúdame a encontrar la salida, ¿de acuerdo? ¿De acuerdo?

-Sí -repuso el custodio-. Lo que tú digas.

El pasadizo pareció mucho más corto y menos intrincado al salir que al entrar. Ninguno dijo una sola palabra mientras lo recorrieron. Mericalis avanzaba con rapidez, sin mirar nunca atrás. El celador, que lo seguía con paso enérgico, se movía con un vigor que no había sentido en muchos años. Su mente trabajaba sin cesar: estaba concentrado en lo que diría después, primero al personal del templo, luego a los fieles que acudiesen ese día y por último, quizás, al emperador y toda su corte en la gran ciudad bajo la montaña. Sus palabras caerían sobre sus oídos como el restallido del trueno en la cima; y después, que pasara lo que debiera pasar. Así pensaba comenzar: «Hermanos y Hermanas, os anuncio una gran dicha: ha llegado el tiempo de la Segunda Venida. Pues sabed que puedo mostraros a los Tres. Ahora están con nosotros; en realidad, jamás nos dejaron...».